

Perspectivas de la situación política y de seguridad en Colombia

Perspectives of the Political and Security-Related Situation in Colombia

Alfredo Rangel Suárez¹

RESUMEN

En esta presentación se esbozan argumentos e ideas sobre cuál será el desarrollo del conflicto armado en Colombia, lo que los colombianos estarían dispuestos a negociar, los escenarios de confrontación, las razones de fortaleza de la guerrilla, las debilidades del Estado a la hora de enfrentar los grupos armados insurgentes. Las hipótesis de trabajo sobre el futuro de la paz en Colombia, según el conferencista, se pueden enmarcar en tres escenarios: 1) Que el Estado, con el apoyo de toda la sociedad civil, doblegue y le imponga a la guerrilla unas condiciones de negociación. 2) Que ambas partes se agoten mutuamente y lleguen a un punto intermedio sobre qué, cómo y dónde negociar. 3) Que la guerrilla derrote al Estado. También se compara el gasto militar en defensa y seguridad que ha tenido el país con el de otros países de Latinoamérica y Europa, siendo el de Colombia muy inferior. Plantea las condiciones que presentan las FARC para acceder a negociaciones de paz, así como la situación que se presenta en las zonas fronterizas, siendo en su mayoría muy permeable. Para finalizar analiza la situación económica, ya que las FARC aspiran a golpear la economía del país, y termina pidiendo mantener la firmeza y el apoyo al próximo gobierno para fortalecer al Estado, a las Fuerzas Militares, los cuerpos de seguridad e incorporar a la ciudadanía en el apoyo de la Fuerza Pública, con el fin de convencer a la guerrilla de que no se puede tomar el poder por las armas.

SUMMARY

In this presentation, arguments and ideas are outlined regarding what the outcome of the armed conflict in Colombia will be, what Colombians would be willing to negotiate, the scenarios of confrontation, the reasons why the guerrilla groups are so strong, and the weaknesses of the State when it comes to facing the armed rebel groups. Work hypotheses on the future of peace in Colombia. According to the speaker, the foregoing fit in the framework of three scenarios: 1) that the State, with the support of civilian society, overcome and impose conditions for negotiation on the guerrilla groups; 2) that both parties wear each other out and meet each other half way regarding what, how and when to negotiate; 3) that the guerrilla groups defeat the State. The country's military expense in defense and security is also compared with that of other countries in Latin America, and Colombia's is much lower. He mentions the conditions the FARC (acronym for Revolutionary Armed Forces of Colombia) set out for agreeing to peace negotiations, as well as the situation that exists at the borders, where most are permeable. Finally, he analyzes the economic situation, given that the FARC want to affect the country's economy, and finishes by requesting that firmness and support be maintained in the next administration to fortify the State, the Military Forces, and the security bodies and incorporate the citizens in order to convince the guerrillas that power cannot be achieved through weapons.

Palabras claves: Orden público

i Analista político. Consultor.

Agradezco a los organizadores de este foro por la gentil invitación y a ustedes por su presencia. Vamos a hacer unas reflexiones esta tarde sobre la situación del orden público en el país, las perspectivas de la guerra y de la paz en Colombia en el futuro inmediato.

Para entrar en el tema de una vez, hay que decir que el momento que viven hoy los colombianos es supremamente singular, inédito, no se había vivido antes. Hay una transición hacia un nuevo gobierno que ha sido elegido por la voluntad absolutamente mayoritaria de la población colombiana, en un momento en que también por primera vez en la historia del país el tema de la seguridad se colocó en el centro mismo de la agenda política: el tema de la guerra y de la paz fue decisivo en este debate electoral y definió la suerte de los distintos candidatos. Fue decisiva la credibilidad, la consistencia, la integridad de las propuestas sobre la seguridad del país y, sin duda alguna, la confianza que suscitaron los candidatos en relación con este tema. Por eso Alvaro Uribe ganó las elecciones.



No es casual, de ninguna manera, que el ascenso de Alvaro Uribe hubiera estado tan estrechamente ligado a la suerte del proceso de paz o, mejor, con la mala suerte del proceso de paz. En la medida en que el proceso de paz se desacreditaba, las FARC abusaban de la zona de despeje, la aprovechaban para hacer una carrera armamentista desafortunada para convertirla en una zona de refugio, para esconder y negociar secuestrados, para reentrenar sus tropas, para incrementar su pie de fuerza, para hacer una gran cantidad de desarrollo logístico en la región y en la medida en que el gobierno se mostraba débil, excesivamente generoso, por decirlo suave, y le hacía demasiadas concesiones a la guerrilla en este proceso, en esa misma medida frente a la opinión pública el proceso de paz se iba deteriorando, iba perdiendo confiabilidad y confianza, y la gente le iba retirando su apoyo.

Por eso fue que el 20 de enero de 2002, cuando el proceso entró en su más grave crisis, cuando todo

el mundo creyó que se rompía, la gente aplaudió esa eventual ruptura. Pero el gobierno y las FARC lograron hacer un último acuerdo, un último intento muy hechizo, muy pegado con babas, que sin embargo logró darle una bocanada de aire temporal al proceso de paz. En esa coyuntura, todos los candidatos apoyaron la continuidad del proceso de paz, excepto Uribe, quien anticipó que si el proceso seguía como venía iría a la ruina y que era mejor no tener un proceso de paz a tener ese tipo de proceso de paz que estaba entregándole demasiado a la guerrilla a cambio de absolutamente nada. Ese preciso momento fue el momento de quiebre de la intención de voto hacia Alvaro Uribe. Se disparó prácticamente en las encuestas y esa posición la fortificó aún más con la ruptura definitiva de los diálogos de paz a finales del mes de febrero: en ese momento ya era absolutamente claro quien iba a ser el presidente de la República, la gente definió de manera irreductible su decisión de voto y lo acompañó hasta el final.

Si uno hace una comparación de lo que se está viviendo hoy con lo que se vivía hace cuatro años, para tener una perspectiva de cómo han cambiado las cosas, pues la situación realmente es diametralmente opuesta hoy a la de hace cuatro años. Hace cuatro años se vivían los estertores de la más grave crisis política que ha vivido el país, el proceso 8.000, que polarizó y escindió en dos a la sociedad colombiana, que ha sido, a mi manera de ver, la madre de todas las crisis que se están viviendo en la actualidad: la crisis del orden público, la crisis económica, la crisis política y la crisis humanitaria.

1 Jurante el anterior gobierno se hizo una pausa en el proceso de paz, y no se logró absolutamente nada. Todos los anteriores gobiernos habían hecho algún tipo de contacto, algún avance en desarrollo del proceso de paz y como resultado de esos avances se desmovilizaron cinco grupos guerrilleros. Pero durante el gobierno de Samper se hizo un paréntesis, prácticamente pasó en blanco en cuestiones de paz, hubo un deterioro inaudito del orden público. La guerrilla de las FARC propinó golpes militares al ejército colombiano como nunca an-

tes había acontecido: las Delicias, Patascoy, San Juanito, La Carpa, Jurado. Todas fueron derrotas sucesivas del Ejército Nacional, que también sufrió conatos de división interna por efecto del proceso 8.000. Las FARC vieron ese momento como oportuno para dar un salto cualitativo en su confrontación con el Estado y pasar de la guerra de guerrillas a la guerra de movimientos, agrupando una gran cantidad de fuerza guerrillera para asaltar y copar bases fortificadas del Ejército Nacional como nunca antes lo había hecho. Esto ocasionó, sin duda alguna, una crisis militar del Estado colombiano. Estaba en crisis militar el Estado.

Al final del gobierno de Samper habían crecido los grupos paramilitares como nunca antes en el país. Siempre han existido y si uno se remonta en la historia de los años 50, los "Pájaros" pueden ser los antecesores de esta clase de grupos armados al margen de la ley. Pero fue en ese gobierno cuando se unificaron a nivel nacional, empezaron a coordinarse, surgieron las AUC, ACCU, etc., y se dieron una coordinación nacional, intentaron darse un proyecto político a nivel nacional, ganaron mayor capacidad de confrontación con los grupos guerrilleros, extendieron su base social, diversificaron sus fuentes de financiamiento económico. Sin embargo, el Ejército se mostraba supremamente impotente para contener la situación. De las acciones desbordadas de guerrilleros y paramilitares surgió una crisis humanitaria como nunca antes se había vivido, expresada en desplazamientos, masacres, etc.

La gente en ese momento estaba clamando por el reinicio del proceso de paz. Había un rechazo generalizado a la guerra y se exigía buscar una salida civilizada y pacífica a la confrontación interna. Para eso, todos los candidatos aceptaron la exigencia de las FARC de despejar cinco municipios para reiniciar el proceso de paz, y todos los votantes estuvieron de acuerdo con esa proposición. Eso se puso sobre la mesa en la anterior campaña presidencial y fue aceptado por todos. Ocurrió después de que al comienzo del gobierno de Samper las FARC pidieron un municipio, Uribe, para iniciar negociaciones de paz, pero éste no se les pudo otorgar precisamente por la crisis política que vivía el gobierno, por el escaso margen de maniobra que tenía para hacer esto: el ruido de sables, la oposición de las Fuerzas Militares y de buena parte de la

opinión impidió realizar ese despeje. Después de que se rechazó su exigencia, las FARC pidieron ya no uno sino cinco municipios para reiniciar conversaciones y todo el mundo dijo: qué disparate, eso cómo va a ser posible! Pues al cabo de cuatro años, después de todas esas derrotas militares del Ejército todos lo aceptaron como un precio que había que pagar, el despeje no de uno sino de cinco municipios y así empezó el proceso.

Hoy en día la situación es total y diametralmente opuesta. ¿Qué pasó? Pues que hubo un proceso de paz, un proceso de paz que desacreditó temporalmente la opción política de la solución al conflicto armado. La gente ya no creyó en la intención ni en la voluntad de paz de la guerrilla para negociar. Esta no dio ninguna muestra de una seriedad y de una voluntad de dialogar, y la gente optó porque había que darle una oportunidad a la guerra, una oportunidad a la confrontación. Lo demuestran las encuestas: hoy en día el 60% de la opinión pública está en contra de cualquier posibilidad de reiniciar diálogos con las FARC. Hoy en día la gente no está contra la guerra, hoy en día la gente está a favor de la guerra para agotar a la guerrilla, doblegarla y obligarla a negociar seriamente la paz. Esa ola de opinión que está exigiendo más autoridad, más firmeza, ha favorecido a Alvaro Uribe, y por ello fue la opción ganadora. Por primera vez en la historia electoral del país un candidato gana en la primera vuelta.

Lo que se va a tener en este gobierno va a ser algo totalmente contrario a lo que siempre se ha tenido en Colombia. Los gobiernos siempre han empezado por un diálogo y terminaban en medio de una confrontación. Algunas formas de diálogo, desde Belisario Betancourt, terminaban infortunadamente con la ruptura del diálogo con una confrontación abierta entre el Estado y los grupos guerrilleros, o sea se empezaba dialogando y se terminaba guerreando. En esta ocasión va a ser totalmente inverso. Se va a empezar guerreando y en el mejor de los casos, que es una posibilidad todavía muy incierta, se podría terminar dialogando. Pero eso es solamente una posibilidad una eventualidad hacia el futuro. Como politólogo, lo que se viene ahora es tal vez el pulso militar, la confrontación armada definitiva entre las dos partes, que va a determinar las posibilidades y las condiciones de una salida política negociada de la

confrontación armada interna. Las dos partes así lo perciben o lo intuyen y están empezando a hacer el máximo esfuerzo en términos económicos, políticos, militares y diplomáticos para este curso definitivo en la confrontación armada.

Lo que se va a empezar a decidir de ahora en adelante es qué es lo que se va a negociar, dónde se va a negociar y cómo se va a negociar. Estos son puntos que están por definir. Las cartas se barajarán y se repartirán de nuevo, por que no hay nada escrito. Las dos partes están haciendo unas apuestas demasiado duras. Se están poniendo la una a la otra, exigencias demasiado fuertes y ese abismo que hoy existe entre las posiciones del nuevo gobierno y las de la guerrilla para volver a negociar sólo se va a zanjar por medio de un pulso de fuerza militar.

Uno podría hipotéticamente plantearse dos o tres escenarios: a) la guerrilla doblega al Estado y a la sociedad, e impone sus condiciones de negociación, b) el Estado, con el apoyo de toda la sociedad, doblega y le impone a la guerrilla unas determinadas condiciones de negociación, y, c) ambas partes terminan agotándose mutuamente, cediendo en sus posiciones extremas y llegando a un punto intermedio de acuerdo sobre el qué, cómo y dónde negociar. Esas son las hipótesis de trabajo hacia el futuro. ¿De qué va a depender que una u otra se concrete? Pues, va a depender de manera muy significativa del resultado de ese pulso militar entre las dos partes. Y, sin duda alguna, que hay intenciones, proyectos, planes y objetivos militares de lado y lado.

El gobierno de Uribe presentó la propuesta más integral, más consistente, como se dijo al comienzo, en el tema de la seguridad. Más valerosa incluso en términos cívicos y políticos. Porque hay cosas en este país que hasta ahora no eran rentables políticamente, o que era más bien de un gran costo político: plantear un nuevo impuesto de guerra, o proponer un incremento de impuestos existentes, o alguna forma de financiamiento para realizar un esfuerzo en términos de seguridad y defensa aún mayor que el que se ha estado haciendo. Eso no es una cuestión que gane votos, no era tradicional, no era la costumbre que eso tuviera rentabilidad electoral. Pues Uribe lo planteó y la mayoría de la población lo acompañó en esa propuesta. Se propone el gobierno de Uribe fortalecer, continuar

el proceso de fortalecimiento de las Fuerzas Militares, incrementar en 45.000 los soldados profesionales que hoy ascienden a 55.000, es decir llegar a 100.000 soldados profesionales. También llegar a tener el doble de pie de fuerza de la Policía Nacional, incrementarlo en 100.000 nuevos agentes de policía, y conformar una red ciudadana de un millón de personas que apoyen de manera activa a la Fuerza Pública.

Esto tuvo un riesgo político muy grande. Plantearlo así, en este país, en donde muy fácilmente cualquier tipo de colaboración ciudadana es tildada de paramilitarismo. También planteó Uribe la necesidad de establecer o de implantar un estatuto antiterrorista que le dé herramientas legales muy fuertes al Estado colombiano para combatir el terrorismo, sobre todo a nivel urbano. Esos eran los principales planteamientos de la propuesta. Se trataba de resolver una debilidad asombrosa e inexplicable del Estado y de la Fuerza Pública para combatir a la guerrilla, a los grupos paramilitares y al narcotráfico.

Es muy difícil en Colombia explicarle a un extranjero cómo un país que tiene todos estos problemas, 30.000 irregulares guerrilleros y paramilitares con armas del narcotráfico, y una delincuencia común y organizada absolutamente desbordada y, sin embargo, Colombia ha tenido durante mucho tiempo un gasto militar en defensa y seguridad por debajo del promedio del resto de los países de Latinoamérica. Aún hoy en día, el gasto estrictamente militar en Colombia está por debajo de Ecuador que es un país pacífico, o el gasto militar de Chile, para no hablar del gasto militar de Cuba o de Francia, o de Estados Unidos o de España que también son países en paz. Colombia está por debajo, bastante por debajo del gasto militar de estos países. España tiene un ejército que es del mismo tamaño que el Ejército colombiano, pero ese es un país en paz, con una extensión que es igual a la mitad del territorio colombiano. O sea, por kilómetro cuadrado España tiene hoy el doble de soldados que los que tiene hoy Colombia. De otra parte, con una extensión que es del tamaño del Caguán, cuarenta y pico mil kilómetros cuadrados, Suiza tiene cuatro veces más fuerza militar disponible que la que tiene hoy Colombia y también es un país totalmente en paz. Hoy Colombia tiene la mitad de los policías que tienen,

en promedio, los países europeos por cada mil habitantes, es decir que para llegar simplemente al promedio europeo se necesita doblar el número de policías que hay actualmente en las calles y en los pueblos del país. Ha habido un rezago infinito en el fortalecimiento del Estado, en el cumplimiento de su deber primordial.

En términos históricos universales, el Estado surgió para acabar con las disputas internas de la sociedad, para imponer un orden, imponer una autoridad, una ley y hacerla respetar, pero sobre todo para garantizar que la gente no se mate: ese es el fin primordial y esencial del Estado. De ahí en adelante arranca cualquier cantidad de funciones del Estado. Hoy la sociedad moderna le ha venido asignando y retirando otras funciones, de bienestar, de inversión en infraestructura, en servicios, de planificación económica, etc. Pero la esencial, la primordial, la irrenunciable es la seguridad, y esa función es la que el Estado colombiano no ha cumplido a cabalidad. Es en la que más ha fallado, en la que frente los problemas que tiene que abordar es un enano absoluto. Pues en este momento se trata solamente de empezar a recuperar el rezago histórico que se tiene.

Hoy en día, la situación es peor que hace diez años, porque además es una situación que se deteriora progresivamente. Hace 10 años había en los campos del país sobre el terreno cinco soldados por cada guerrillero o paramilitar. Sobre el terreno era una relación de 5 a 1. Hoy en día hay una proporción de 2 a 1, es decir, se ha venido deteriorando, se ha venido modificando en detrimento del Estado.

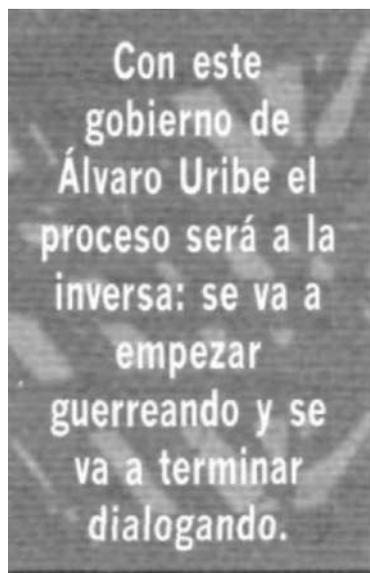
Colombia tiene 120.000 soldados, buena parte de ellos son soldados regulares que están en entrenamiento y otros están cuidando las bases militares y la infraestructura económica. Hay 5.000 puntos críticos en el territorio nacional que deben ser vigilados o tratar de vigilarlos por las fuerzas nacionales y la policía. Todo esto da como resultado que sólo haya unos 60.000 ó 50.000 soldados

disponibles en cada momento para contrarrestar la acción de 30.000 irregulares, sumando los grupos, personas armadas y los combatientes de las FARC, del ELN y de los grupos paramilitares. Es una situación realmente insostenible, muy difícil de controlar y cuando las Fuerzas Militares dicen que no tienen el pie de fuerza suficiente, pues eso es dramático, es cierto y es dramático.

Para poner otro ejemplo. El Salvador en el peor momento de su guerra civil, un país del tamaño del Quindío, tenía cinco veces más helicópteros de los que tiene hoy Colombia para semejante tamaño del territorio nacional. Se está en una situación muy precaria. Si antes, hace cuatro años la gente estaba convencida de que el Estado ya había hecho el mayor esfuerzo militar que podía hacer, pues hoy en día la gente ha aceptado que es necesario hacer un mayor esfuerzo para tratar de controlar la situación y eso se refleja también en las encuestas de opinión. Hace cuatro años el 70% de la gente creía que las Fuerzas Militares no podían derrotar a la guerrilla y que por lo tanto había que negociar. Hoy en día esa proporción se ha invertido y el 70% de la gente cree, esto no es necesariamente una certeza que corresponda a la realidad objetiva, que el Estado y su ejército sí pueden controlar a la guerrilla, sí la puede doblegar y por eso apoyan este tipo de políticas de mayor

firmeza, de mayor autoridad, que implican un mayor esfuerzo para fortalecer y aumentar las Fuerzas Militares.

De otra parte, Uribe nunca ha cerrado la puerta a la negociación política. Hay que reconocer esto. Hay quienes se sorprendieron por el hecho de que en las primeras de cambio, en su primera intervención pública el día de su elección, haya anunciado que iba a recurrir a las Naciones Unidas para que hiciera una mediación con la guerrilla para tratar de reiniciar el proceso de paz. No es una sorpresa alguna, pues sencillamente está mirando cómo podría eventualmente la guerrilla aceptar un diálogo de paz en determinadas condiciones. No



cualquier diálogo de paz, sino en determinadas condiciones que las ha hecho públicas también, ya se hablará de eso.

Este es un paso simultáneo con el inicio de esa política de fortalecimiento del Estado y de confrontación a la guerrilla en caso de que ésta no atienda esa propuesta de intermediación de la Naciones Unidas para reiniciar las conversaciones. Claro, a renglón seguido el presidente electo le ha reiterado a la guerrilla sus condiciones para reiniciar negociaciones. En primer lugar, un cese al fuego, un alto en las hostilidades de la guerrilla contra la población; en segundo término, una negociación que no necesariamente no involucre una zona de despeje al interior del país, es decir que las negociaciones eventualmente se podrían hacer en el exterior ; y en tercer término, y esto es algo muy importante, lo que ha dicho Uribe es que las negociaciones de paz tendrían como propósito acordar con la guerrilla unas reformas políticas y unas garantías de seguridad que le permitan a los guerrilleros desmovilizados y desarmados hacer política en el país sin que los maten. Eso es más o menos, en palabras de Uribe, lo que ha sugerido. Pues aquí surge una distancia muy grande en relación con lo que empieza a exigir la contraparte.

Hace unos días, las FARC expidieron un comunicado donde ponían sus propias condiciones para negociar. En primer lugar que le despejaran todo el Caquetá y todo el Putumayo. Esta es una postura supremamente dura. Es un disparate tan grande como el que cometió cuando en lugar de un municipio exigió que se le despejaran cinco municipios para empezar a negociar.

Esto hay que verlo con mucha preocupación, porque éste es un grupo que uno puede endilgarle todos los epítetos que se merece, un grupo que hace terrorismo, un grupo con expresiones bandoleriles, pero como politólogo, y lo he expresado siempre

públicamente, es un grupo que tiene propósitos políticos en el sentido que quiere tomarse todo el poder nacional, y que es un grupo muy serio, es decir, que se fija unos propósitos y que hace todo lo posible, de manera cruda, desalmada, implacable, para cumplir esos propósitos. No creo que esté engañando, la verdad sea dicha, cuando está exigiendo para iniciar negociaciones el despeje de Putumayo y Caquetá.

La confrontación va a ser muy dura, porque cada una de las partes está haciendo unos plantamientos y exigencias demasiado duras a la contraparte y que sólo se va a resolver mediante la fuerza militar.

Y que esto hay que tomarlo muy en serio porque muy probablemente las cosas que van a hacer para imponer esa condición van a ser igualmente muy serias y van a ser igualmente muy duras. Han exigido esa primera condición que además, imagínense ustedes, en el Putumayo se está realizando el Plan Colombia. Es decir, el despeje y la desmilitarización del Putumayo implicaría suspender el Plan Colombia y en qué quedarían las relaciones entre Colombia y Estados Unidos. Eso ya de entrada es una posición dura.

En segundo término, el Putumayo tiene una largísimo frontera con el Ecuador que si hoy en día, con el supuesto control de las autoridades, es la frontera más permeable y es la frontera más absolutamente descuidada para efectos de la introducción de explosivos, de municiones, de armas, de insumos para el narcotráfico, de lavado de dinero, ¿Cómo sería con el control de las FARC en el lado colombiano? Se sospecha que las mismas Fuerzas Militares del Ecuador se hacen los de la vista gorda, que las FARC mantiene campamentos al otro lado de la frontera en territorio ecuatoriano, campamentos de refugio de alivio y de descanso, tal vez tratando de no calentar mucho la frontera, temiendo embarcarse en una guerra de guerrillas, en la que ellos pueden no llevar la mejor parte con las FARC, en fin por lo que sea, hay cosas que se hablan en Ecuador. Las FARC están haciendo muchos negocios.

Uno no podría pensar que esas toneladas de explosivos y esas cantidades de armamento y de

municiones y de cartuchos pasen por en frente de las Fuerzas Militares y del orden de Ecuador sin que ellas lo perciban. Infortunadamente para los colombianos, hay una situación al otro lado de la frontera que propicia y que incentiva la agudización del conflicto en este país, pues qué pasaría si esa frontera estuviera en manos de las FARC. Con el control de las FARC, imagínense ustedes como sería todavía de preocupante esa situación. Putumayo también está a tiro de piedra de la salida al mar que han buscado las FARC de manera sistemática, de manera muy estratégica, desde hace unos años tratando de reemplazar la salida al mar que perdió por Urabá. Por la salida al Océano Pacífico por Na riño, esa zona de Tumaco y Barbacoas se ha vuelto una zona absolutamente estratégica para las FARC y han venido construyendo muy pausadamente, muy metódicamente, una línea de comunicación, unos corredores de comunicación entre su retaguardia estratégica que queda en los Llanos del Yarí hacia el Pacífico y han destruido pueblo por pueblo, han sacado a la Policía de cada pueblo buscando esos caminos y ya tienen construido unos corredores de movilidad de salida de armas y de coca de las zonas cocaleras para sacarlas por Barbacoas. Es una zona de disputa de las más álgidas. Probablemente de las más complicadas que puede haber en el país ahora y en los años próximos porque va a ser una disputa feroz por el control entre los grupos paramilitares y la guerrilla de las FARC. Pero esa zona tan recalentada y tan compleja es la que las FARC están pidiendo que se despeje.

Pero los otros puntos no son menos críticos ni menos complicados, y tienen que ver con las condiciones de la negociación. El gobierno dice cese al fuego y de hostilidades, como condición previa para iniciar negociaciones. Para las FARC la continuación del conflicto es una condición de cualquier negociación, pues la presión militar es un ingrediente imprescindible de su estrategia de negociación. Es decir, las FARC no pueden negociar en paz. Su estrategia no les da para eso. Necesitan continuar el conflicto para presionar la negociación, para buscar más recursos, para presionar militarmente al Estado.

Manuel Marulanda lo dijo hace años a un periódico del partido comunista argentino, cuando estaba empezando el diálogo con Pastrana hace cuatro

años. Ellos se imaginaban así la negociación, palabras más o palabras menos: a medida que vayamos logrando acuerdos sobre puntos de la agenda, el Estado debe ir cumpliendo esos puntos de acuerdo. El Estado es el que tiene que hacer, nosotros no tenemos nada que dar. Es el Estado el que debe cumplir los acuerdos y en la medida en que se vayan cumpliendo los acuerdos, vamos discutiendo los otros temas de la agenda. Por supuesto, esta metodología nos metería en unas conversaciones de paz de por lo menos 10 a 15 años de duración.

Imagínense ustedes un solo temita sencillo, la reforma agraria. Llegar a un acuerdo sobre la reforma agraria y que el gobierno ejecute la reforma agraria antes de pasar a otro tema en la larga agenda de negociación. La guerrilla mientras tanto haría una veeduría armada, una veeduría beligerante sobre el cumplimiento de los acuerdos. Por eso las FARC son tan poco amigas de las veedurías internacionales. Pues parece que ellas aspiran a ser las veedoras del proceso de paz y fortalecerse militarmente para ello. Entonces lo del cese al fuego y hostilidades es algo que no les va a sonar mucho a las FARC.

Y el tercer punto, que es el más difícil de todos, es el tema de qué es lo que se va a negociar. Como este país es un poco desmemoriado, siempre es bueno traer a cuento algunas cosas que han sucedido. A comienzos del año 2000, en Caquetania, se firmó un acuerdo entre el presidente Pastrana, las FARC y los partidos políticos. Estuvo ahí Horacio Serpa, Noemí Sanín, delegados del partido comunista, del partido conservador, los independientes, Navarro Wolf y otros, y todos acordaron que la política de paz que se iba a desarrollar iba ser una política de paz de Estado. Esto significa que todos los acuerdos o los compromisos a los que fueran llegando el gobierno y la guerrilla iban a ser acuerdos y compromisos que iban a comprometer al futuro gobierno, sea cual fuera, a Serpa o a Noemí, o a cualquiera de los que firmaron el acuerdo. El detalle que hay que tener en consideración es que en la firma de ese acuerdo de Caquetania no estuvo Alvaro Uribe Vélez y por ello podría decirse que a Alvaro Uribe no lo involucran los compromisos a los que llegó la administración Pastrana con las FARC en el desarrollo del proceso de paz, y uno de ellos, posiblemente el único, fue el tema de la agenda de discusión, de la agenda común o sea la pepa, el meollo de la negociación de paz.

Se acordó una agenda que tiene 12 puntos, 40 y tantos subtemas que tienen que ver con la estructura del poder político, económico, social y militar del país. Esa fue la agenda que se puso sobre la mesa de negociación. Las FARC siempre aspiraron a tener la mitad de la decisión. La negociación sería una discusión y un acuerdo entre dos partes, el Estado de un lado, la guerrilla del otro lado. La guerrilla tendría así la mitad de la decisión, por eso, se insiste en que sean tan renuentes a que haya una tercera, una mediación, porque ellos coinciden en que la Comunidad Internacional son países capitalistas amigos de un país capitalista, gobierno capitalista, como el colombiano, y que tarde o temprano se van a juntar. Las FARC exigen, y lo dijeron en una comunicación de hace un par de semanas, que la agenda de negociación tenía que ser la agenda acordada con el gobierno de Andrés Pastrana.

Si Uribe, como lo ha reiterado, considera que con la guerrilla lo único que hay que negociar son unas reformas políticas y unas garantías para que la guerrilla haga política sin que la maten, pero excluyendo de la negociación los temas sociales, los temas económicos, los temas militares y teniendo como objetivo, como propósito la desmovilización y el desarme de estos grupos guerrilleros, da la impresión de que ahí hay un choque de trenes que permite pensar que la confrontación, va a ser muy dura, muy cruda, porque cada una de las partes, están haciendo unos planteamientos, unas exigencias, unas condiciones demasiado duras a la contraparte y que eso sólo se va a resolver mediante esa prueba de fuerza militar.

La guerrilla seguramente le va a apostar a golpear el talón de Aquiles de la sociedad, del estado colombiano en este momento, y ese talón de Aquiles, sin duda alguna, es la economía.

El país está en una situación de gran precariedad económica. La crisis fiscal es de las más críticas que haya tenido el país. El endeudamiento externo es un problema que hay que pensar. El Ministro de Hacienda acaba de decir que entrega la olla raspada, eso sí, que la olla está soldada y hay que reconocerle ese mérito al ministro que logró evitar que la situación se siguiera deteriorando.

La situación es difícil, manejable, pero muy difícil. Hay un escaso y muy precario margen de maniobra

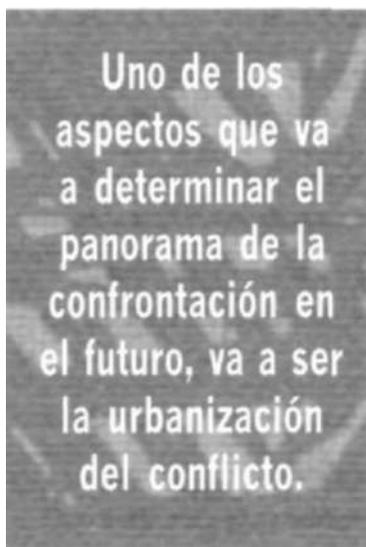
fiscal. Colombia, en los próximos años, tiene que hacer muchos más pagos al exterior que requieren recibir nuevos préstamos o nuevos ingresos del exterior y por eso es la propuesta de renegociar o replantear el acuerdo con el Fondo Monetario Internacional. Siempre bajo el supuesto de que la economía se va a reactivar y que esa reactivación de la economía le va a permitir a los colombianos pagar más impuestos, pues en la medida en que la economía crece, crecen los impuestos, y si la economía decae decaen los impuestos. Pues parece que las FARC le van a apostar precisamente a evitar esa reactivación económica mediante un sabotaje económico, como nunca antes lo había realizado, a la infraestructura vial y de carreteras, los puentes, a la infraestructura de telecomunicaciones y a la infraestructura energética del país. Éste es un país muy vulnerable. Aquí bastan unos cuantos atentados en unos sitios determinados muy críticos del país para que la situación se empiece a poner un poco difícil. Y parece que lo que ha hecho la guerrilla hasta ahora es una suerte de ablandamiento de la infraestructura vial y de la infraestructura energética. Unas ofensivas en el próximo futuro podrían hacer caer en un colapso crítico las comunicaciones de carreteras o las telecomunicaciones, la infraestructura energética. Lo que han intentado hacer las FARC han sido cosas muy graves. Intentaron, por ejemplo, sin éxito afortunadamente, prácticamente bloquear a Bogotá, intentaron volar el puente del Boquerón en la vía hacia Melgar, intentaron volar el puente del Sigga en la vía hacia Tunja, intentaron volar la vía en un sitio en Boquerón, en la vía Villavicencio. No tuvieron éxito afortunadamente en ninguno de estos sitios, pero si hubieran tenido éxito, esto hubiera provocado un impacto psicológico en Bogotá muy grande. Se teme que son cosas que las FARC van a seguir intentando hacer en muchos sitios del país.

Ya los datos de Invías son lo suficientemente preocupantes. Hay cerca de 80 puentes afectados en los últimos cinco meses de voladuras de las FARC, cerca de unos 37 están colapsados, pero los otros están en una situación muy vulnerable; también son centenares las torres de energía que han sido derribadas. Todo esto empieza a configurar un panorama preocupante hacia el futuro, Hay que decirlo de manera descarnada, todavía los colombianos no han conocido la capacidad de desestabilización de la guerrilla actuando al 100%.

Esa facultad de sabotaje económico es la que se va a jugar en el próximo futuro la guerrilla y esa va a ser su principal apuesta. Todo esto tiende a doblar la voluntad de paz, la voluntad de confrontación, de lucha del Estado y de la sociedad colombiana.

Por consiguiente, aquí se va a tener que desarrollar prácticamente una carrera con el tiempo, es decir, el próximo gobierno juega con el tiempo, con una gran premura y una gran estrechez, en el sentido que aquí la apuesta es si se logra fortalecer suficientemente rápido al Estado antes de que los violentos, la guerrilla y los paramilitares vuelvan la situación insostenible. El Estado tiene que muy rápidamente pasar esa reforma tributaria, allegar nuevos recursos muy prontamente para poder duplicar los soldados profesionales, duplicar el pie de fuerza de la policía. Además, poner en vigencia un estatuto antiterrorista que otorgue facultades de policía judicial a las Fuerzas Militares, como las tienen todos los países de Europa, pues tampoco se trataría de inventar nada nuevo.

Como politólogo le he propuesto siempre al Ministerio de Defensa que para estar cubiertos de los ataques de las ONG, que van a decir que eso es una cosa contra los derechos humanos y una dictadura, etc, que se tome el estatuto antiterrorista de Inglaterra o de España o de Italia o de Francia y se copie tal cual y eso va a dar las suficientes herramientas para poder tener mejores posibilidades de combatir el terrorismo, sobre todo a nivel urbano. El gobierno tiene que hacerlo muy rápidamente, en las primeras de cambio, antes de que la situación se pueda volver insostenible, es decir tener los recursos, las herramientas y sobre todo la cooperación ciudadana necesaria para presentarle una capacidad de confrontación mucho más grande frente a las intenciones de la guerrilla de desestabilizar la economía y de imponer unas determinadas condiciones de paz, de negociación que a todas luces para todo el país son inaceptables hoy en día. Esos son los grandes retos del próximo gobierno.



Hay una situación muy crítica igualmente en las fronteras. La frontera venezolana continúa siendo un lugar de refugio una especie de santuario para la guerrilla. Es un país de cielos abiertos para el narcotráfico, por allá están entrando todos los insumos y saliendo toda la coca del mundo y entrando todos los pertrechos y todo el armamento para la guerrilla; infortunadamente el país tiene ese mal vecindario en estos momentos tan críticos. Pero también la situación en el Ecuador que ya se analizó. Panamá es un país que no tiene fuerza militar, pero tiene una Guardia Nacional muy precaria y esa frontera también es absolutamente permeable para todo. Los vecinos no dejan de percibir a los colombianos como una amenaza, aun cuando no es la intención de los colombianos de provocar inseguridad, ni de acometer contra nadie, pero esa es la percepción y parece que ahí hay también un gran reto, del próximo gobierno, para tratar de, en conjunto o con cada uno de los países con los que se tienen fronteras terrestres, asegurar las fronteras y evitar el desbordamiento del conflicto hacia esos otros países y sobre todo evitar que esas zonas fronterizas se conviertan en los sitios de guarida, de refugio o en santuarios de los grupos guerrilleros.

En particular, hay también una situación supremamente complicada en algunas regiones del país. La situación de Urabá va a ser muy complicada hacia el futuro. Las

FARC no se van a resignar a perder Urabá, van hacer todo lo posible por recuperar esa zona. Ya tienen el dominio de buena parte del Atrato medio. El bajo Atrato es controlado por los grupos paramilitares. Hay una especie de cerco sobre Urabá. Un castigo sobre las poblaciones que han elegido sobre todo alcaldes del EPL, son poblaciones a las que frecuentemente se les quita la energía eléctrica. Es un uso del terror de una manera muy sistemática, muy metódica, muy calculada por parte de la guerrilla que ha fortalecido esos frentes del Urabá con centenares y centenares de hombres. Allá va a ser una zona muy conflictiva, muy recalentada en el próximo futuro. La precariedad de las Fuerzas

Militares allí, como en otras zonas del país, es muy grande. Lo de Bojayá realmente fue patético, fue una evidencia de la precariedad del Estado para hacer presencia pronta y rápida en esas zonas tan críticas.

Otra zona muy crítica va a ser Arauca. Hay una guerra ya desatada entre los paramilitares el ELN y las FARC por mantener el control del territorio. Hay una ofensiva paramilitar desde el Casanare hacia Arauca. Las FARC se ha robustecido mucho allí, y están corriendo al ELN. Otra zona va a ser, obviamente, la zona del Catatumbo, la zona fronteriza también con Venezuela, donde hay mucha coca, muchos recursos y una situación geoestratégica muy significativa para cualquiera de las partes. Obviamente la zona del sur de Bolívar y el Magdalena Medio va a seguir siendo una zona de una gran conflictividad. Allí hay oro, coca y una posición estratégica al interior del país muy crítica, muy importante para cualquiera de los bandos armados.

Una de las cosas que va a determinar el panorama de la confrontación en el futuro va a ser la urbanización del conflicto, es decir, ese intento de la guerrilla de llevar el conflicto a las ciudades. Para las FARC ha llegado la hora de hacerle sentir la crudeza del conflicto a los habitantes de las ciudades, que no han vivido en la crudeza del conflicto, alienados por los medios de comunicación, los que a su vez están al servicio de la oligarquía y del imperialismo norteamericano. Para las FARC, esos habitantes urbanos solamente se van a doblegar el día en que sientan en su vecindario cercano la dureza del conflicto armado, por eso, esos intentos que ya se mencionaron de hostigar a las ciudades, de crear esas sensaciones de sitio sobre las ciudades, de afectar la infraestructura de la red vial, pero también la infraestructura eléctrica, eventualmente el suministro de agua. Probablemente un apagón en Bogotá es algo que casi habría que dar por descontado en los próximos meses. Hay que reconocer que la policía en Bogotá ha hecho un trabajo supremamente

eficiente y ha logrado detectar muchas redes de apoyo de las milicias de las FARC en Bogotá, ha logrado capturar gran cantidad de explosivos en los últimos meses, que evitaron cualquier cantidad de atentados, sobre todo, con el proceso electoral. Pero también hay que tener en consideración que en los últimos seis meses las FARC han dejado de comprar munición y han estado comprado sistemática y masivamente, casi únicamente, explosivos, y tienen reservas que le permiten a uno temer que podrían hacer mucho daño al interior de las ciudades. Seguramente va a haber una tendencia de las FARC de castigar a las ciudades o a los centros urbanos que le dieron el triunfo a Alvaro Uribe. Hacia el futuro no sería descartable que las FARC intentaran golpear ciudades que determinaron el triunfo de Alvaro Uribe. Si ustedes hace las cuentas, entre Bogotá, Medellín y Cali, Uribe logró millón y medio de votos de los dos millones cuatrocientos mil votos que logró Uribe de ventaja sobre el segundo candidato, la mayor cantidad del grueso de la votación estuvo en esas tres ciudades y no sería de descartar, que las FARC intentaran castigar a los habitantes de estas ciudades por haber cometido el pecado de haber elegido a Alvaro Uribe.



Así las cosas, se puede pronosticar que va a pasar un buen tiempo, un año, eventualmente dos años, antes de que sea posible pensar en un reinicio de las conversaciones de paz en Colombia. Antes de dos años eso no va a suceder y los colombianos deben más bien prepararse para afrontar de pronto la parte más dura, más cruda, de la confrontación que va a tocar como nunca antes todos los bolsillos, que va a tocar como nunca antes la economía del país que no había sido tocada, gravemente por el conflicto armado. En Colombia, la guerrilla ha logrado incorporar su extorsión, el secuestro y la inseguridad a los costos de producción de los distintos agentes económicos, y ha tenido el buen cuidado de no terminar con la gallina de los huevos de oro, para que las empresas sobreagüen, no se acaben y las puedan seguir esquilmando; pero parece que en esta

oportunidad ese costo adicional del sabotaje económico, del terrorismo económico, como lo quieran denominar, podría afectar de una manera inédita, de una manera no antes vista, la economía del país y sería, la intención de doblegar la voluntad de lucha, la voluntad de confrontación del Estado y de la sociedad colombiana y se tiene ante todos un panorama que no es de ninguna manera halagüeño, y creo que como colombiano, sobre todo, y conociéndonos como somos, a veces un poco ligeros, a veces un poco livianos, volátiles en nuestros puntos de vista, en nuestras percepciones, creo que no estamos en posición o en situación de exigirles resultados al próximo gobierno desde el primer día que solucione de una vez y para siempre la situación y que le brinde seguridad al país.

La situación es de un rezago tal en términos de seguridad, que el esfuerzo que hay que hacer es muy grande. Por eso hay que respaldar al gobierno en todas sus medidas, en todos sus propósitos y aun cuando todos empecemos a recibir golpes y esos golpes no se puedan evitar, es preciso seguir respaldando al gobierno para que logre cumplir

todos sus propósitos, todos sus planes, todos sus programas, en el terreno de la seguridad. Aun cuando se siga recibiendo esos golpes y esos golpes hagan dudar de las bondades de esta política, hay que mantener la firmeza. Hay que mantener el apoyo al próximo gobierno, y los colombianos tienen que darse la pela en torno a esta opción, es la opción que escogieron. Es la opción necesaria. Hay que fortalecer al Estado, fortalecer a las Fuerzas Militares, los cuerpos de seguridad, incorporar a la ciudadanía en el apoyo a la Fuerza Pública, con el único fin de convencer, algún día, a la guerrilla de que no se puede tomar el poder por las armas, de que no puede imponer su poder a la fuerza y que la única solución deseable y posible es precisamente la de avenirse a una negociación honorable, justa, con el Estado colombiano, que permita hacer los cambios que haya que hacer en el país, pero que de ninguna manera sea la imposición de una minoría armada sobre una mayoría inerme, como lo es la mayoría de los colombianos.

Estas eran las reflexiones que quería compartir con ustedes en la tarde de hoy. Muchas gracias.